

Una gran novela de Anthony Burgess⁽¹⁾

EDUARDO GARCÍA DE ENTERRÍA*

FRESCO HISTÓRICO

LA vitalidad, la imaginación desbordante, la truculencia explícita, pero también la agudeza, el humor, tantas veces cruel, la penetración psicológica, la alegría creadora, la asombrosa destreza constructiva y literaria de Anthony Burgess encuentran, quizás, en este libro uno de sus puntos más altos.

En este «Reino del maligno» o de la iniquidad (no entiendo bien que en la traducción francesa —por lo demás, inusualmente buena— el título del libro haya pasado a ser «Le Royaume des mécréants», el reino de los descreídos; el primer párrafo del libro explica con toda explicitud la significación del título, que se refiere al Imperio Romano según la denominación que se le ha dado en la tradición judía, y en la contraportada del libro, para subrayarlo aún más, figura en caracteres hebraicos); Burgess nos ofrece un gigantesco fresco histórico, cuya magnitud y ambición derrotan espectacularmente cualquier regla de las tres o las dos —o cualesquiera— unidades en la composición novelística: el origen del cristianismo, su expansión progresiva y su encuentro con el Imperio Romano, nada menos. Concretamente, bajo la forma novelística de cuadros cortos y en escorzo, retomados frecuentemente en historias de personajes singulares, se nos presenta el tiempo que va desde la resurrección de Jesús y su encomienda del mundo al conjunto de sus asombrados (desde su simplicidad) discípulos, hasta la destrucción de Pompeya por el Vesubio (suceso que tuvo lugar el año 79 de la era cristiana, como es sabido). Pero el autor no se anda por las ramas: en ese cuadro no sólo nos presenta a los discípulos de Jesús (Jesús mismo aparece un momento tras su resurrección), a Pablo, a una miríada de personajes mayores o menores, todos asombrosamente vivos y en pie, sino que nos introduce también en la intimidad de todos y cada uno de los Emperadores sucesivos de la época (Tiberio, Calígula, Claudio, Nerón, Galva, Vitelio, Vespasiano, Tito, Domiciano) y de sus actuaciones respectivas.

El libro se presenta como la obra de un judío contemporáneo de los hechos, que ha conocido a muchos de los protagonistas y que tiene referencias de todos los demás; este autor, que escribiría en griego, concluye una historia de la carrera de Jesús Nazareno que habría escrito su padre (parece que hay una referencia explícita a otro libro anterior del propio Burgess, *Jesús Christ and the*

* Provincia de Santander, 1923. Catedrático de Derecho Administrativo.

(1) Anthony Burgess. *The Kingdom of the Wicked*, Hutchinson. London, Melbourne, Sidney, Auckland, Johannesburg, 1985. 379 páginas.

Love Game, 1976 —hay traducción española de 1978—; me arriesgo a decir que lamento vivamente esa referencia, porque ese libro anterior no me parece bueno, simplemente, y desde luego, incomparable con el que comentamos; el mejor servicio a éste exigiría olvidarse de aquél), y lo hace cuando en su vejez, escéptica y lúcida, cuida cabras en los Alpes helvéticos, en los lindes del Imperio.

Como pieza literaria, esta nueva obra de Burgess me parece espléndida, uno de sus productos más logrados, como antes indiqué. Añadiré, desde mi sola óptica de lector, que es un libro delicioso, lleno de vivacidad y de interés, que difícilmente se deja de las manos, aun conociendo de antemano, como es claro, todas sus claves y desenlaces finales.

Como reconstrucción histórica, la pintura de Burgess me parece convincente, incluso más, me arriesgaré a decir, excepcionalmente certera y penetrante. No hablo, naturalmente, de la exactitud de sus datos y de sus reconstrucciones arqueológicas, aún pareciéndome que Burgess (y así lo atestiguan las, por lo demás, sabríais referencias de la final «Author's Note»; el autor maneja directamente las lenguas antiguas, desde luego) ha hecho un notable esfuerzo de documentación, que trata, por otra parte, más en clave irónica que doctoral, sin perjuicio de su oportuna utilización.

Este libro se inserta, como se notará enseguida, en un cierto género que han puesto de actualidad los libros de Marguerite Yourcenar («Memorias de Adriano») y de Robert Graves («Yo, Claudio», etc.), género que está nutriendo hoy mismo un conjunto notable de autores, que seguramente han creído encontrar en ese tipo de novela histórica una fórmula de «bestseller». Así como en la historia del cine se produjo, me parece que tras el éxito de «Ben-Hur», un diluvio de películas llamadas entre nosotros, con acierto, «de romanos», así estamos asistiendo ahora en el orden literario a una epidemia análoga, y normalmente con las mismas recetas: cartón piedra, énfasis, crueldad. Yourcenar y Graves (como antes Thornton Wilder y sus «Idus de marzo») tienen calidad literaria, y eso no lo da ni la decoración, ni la supuesta traslación de un latín epigráfico y solemne, ni los paralelismos históricos más o menos imaginados.

Pues bien, dentro de ese género constituido, y en general escasamente ameno, el libro de Burgess es completamente singular. El depurado oficio literario de Burgess le libera inmediatamente de las convenciones de dicho género y lo que nos presenta no es un decorado formal, con una historia sublime y angelical, la cristiana, y otra lamentable, la de los Emperadores, sino un mundo complejo, extrañamente vivo y veraz, donde dominan, como en la realidad de cualquier tiempo, más los valores relativos y singulares que los generales y absolutos.

Ahora bien, el tema mismo del libro es el de uno de esos valores generales y absolutos, el cristianismo. Burgess, por otra parte, es cristiano, más aún, católico (en alguna ocasión ha dicho que la Iglesia anglicana no pretende institucionalizar ninguna religión

**UN LIBRO
DELICIOSO,
LLENO DE
VIVACIDAD E
INTERÉS**

**UN CIERTO
GÉNERO**

**NO ESTAMOS
EN PRESENCIA
DE UNA
NOVELA
CATÓLICA**

**EL
CATOLICISMO
DE BURGESS**

**ETNO-
CENTRISMO**

profunda, sino que es más bien una especie de «cricket club» o de buenas costumbres), y no parece ocultarlo tampoco en la versión que este libro presenta. Este es un aspecto singular del libro, que puede hacer oportuna alguna reflexión.

Si no estamos en presencia de una novela «de romanos», como ya hemos notado, tampoco creo que estamos en presencia de una novela «católica». También éste es otro género constituido, que, tras su origen en los debates religiosos del XIX, alcanzó su momento de auge en la primera mitad de este siglo, aunque hoy haya decaído, sin duda. De lo que desde luego está más lejos este libro es de las ingenuas obras novelísticas «romano-católicas», literalmente *ad usum delphinis*, que se impulsaban en tiempos en los colegios religiosos, «edificantes», pues: «Ben-Hur», «Fabiola», el mismo «King Jesús» de Graves, etc.

El tema del «catolicismo» del Burgess novelista sería largo de debatir. Entiendo que es en su sentido del mal, de la naturaleza caída y deficiente, de la insuficiencia y absurdo de la vida terrestre, que postulan por sí mismos un más allá plenario, donde podría seguramente localizarse esa concepción religiosa (con visibles paralelismos, más que influjos o dependencias, con Greene, y ello no deja de ser curioso; quizás esa familiaridad provenga de una común irrupción trágica en el «club de buenas costumbres», esto es, acaso sea —no me atrevo a asegurarlo, pero aún aportaría otro nombre literario, el de Evelyn Waugh— un rasgo común del catolicismo inglés desde Newman). Pero resulta que esa base viene a ser una plataforma 'eficaz de análisis y humano más que un punto de partida para una argumentación ejemplarizadora o apologética. Nada hay en esta línea de la «leyenda dorada», o de la idealización hagiográfica de arquetipos o de conductas. Más bien el riesgo parecería estar en lo contrario, precisamente; pero lo significativo, en todo caso, es que tal riesgo deja en plena libertad la creación del novelista, que triunfa o fracasa según su narración y su arte singulares, sin que «el pabellón cubra la mercancía» o la causa pueda llegar a justificar la obra.

En este sentido el libro que comentamos creo que es muy significativo. Aquí es la esencia misma del cristianismo la que intenta sorprenderse. Pero el recurso, generalizado desde Cervantes, al narrador coetáneo de los hechos y que habla en propio nombre sirve aquí a Burgess de eficaz foso defensivo. No es Burgess quien expone u opina, sino el viejo judío supuesto autor del manuscrito, el cual afirma desde el comienzo, para que no pueda deslizarse ni sombra de una duda, que él no es un seguidor o un creyente en Jesús, que la idea misma de la resurrección le parece absurda, y, más aún, indeseable; desde su vejez nutrida, antes de acceder, al fin, a las playas infinitas de la nada (la idea de *una nox dormienda*, según el verso de Cátulo, aparece constantemente utilizada como destino de la vida), él nos cuenta unos acontecimientos que le parecen asombrosos como hechos humanos, simplemente.

Pero el simple paseo del espejo a lo largo del camino resulta por sí solo explicativo. He ahí un mundo triunfante con un formi-

dable Imperio recién articulado, pero en cuyo esplendor han perecido las minúsculas divinidades locales, los lares tribales. Hoy diríamos, quizás, con pedantería de actualidad, que el etnocentrismo como concepción de la vida, incluso para los romanos estrictos que han visto el increíble ascenso de la vieja urbe capitolina, ha dejado totalmente de poder explicar el mundo, y sobre todo las ultimidades humanas. Los carros guerreros han aportado a Roma otra serie extensísima de dioses aldeanos, reducidos ya a simple chatarra, aun los procedentes de los bellos mitos griegos u orientales. Ese inmenso, aterrador vacío intenta ser colmado o bien con el puro orden formal y burocrático, o con la desmesura del placer o la depravación (el autor se recrea, con humor impasible —esto es, sumamente serio— y no con discursos morales, en la inanidad de las nuevas perversiones sexuales, gastronómicas, circenses), o bien, como búsqueda de un eventual límite del absurdo, con la crueldad; los guiños al mundo de hoy son fácilmente perceptibles, naturalmente, y ello no es una novedad ni de Burgess ni del género mismo de la novela histórica.

Dentro del inmenso rumor de las variadísimas colmenas juntas por la fuerza dentro de los muros del Imperio, el autor nos lleva con especial resolución al mundo judío, que me parece muy agudamente visto. La actuación del grupo de apóstoles, de una fragilidad humana patente, que apenas si han entendido lo que Jesús pretende de ellos, ni aun el mensaje mismo, salvo dos cosas, el precepto del amor y la resurrección, comienza con una modestia de la que poco parece que pueda esperarse. De su enfrentamiento con la Ley judaica, que personifica sobre todo Saulo antes de llegar a ser Pablo, como «intelectual de izquierdas», de pasos casuales y apenas azarosos, que no responden a plan general alguno, los «nazarenos» concluyen difícilmente por comprender que es a los gentiles a quienes tienen que predicar la nueva Ley. Esto está visto con una penetración y una verosimilitud más eficaces acaso que cualquier exposición histórica, no digamos ya teológica.

Los retratos de Pedro y de Pablo han sido burilados con especial cuidado, y ahí será fácil comprobar el pulso de artista del autor. La descripción de la llegada del pobre Pedro viejo a Roma, cumpliendo una instrucción oscura cuyo sentido se le escapa, sin hablar ni comprender el latín, y la de su muerte, más macabra que gloriosa, resultan conmovedoras. La fundación de ese asombroso artilugio que va a ser la «Iglesia Romana» no puede expresarse en términos menos magnificentes, más indigentes incluso, y también, por que, no decirlo, más convincentes.

A Pablo, el intelectual del grupo (otro intelectual deliciosamente visto, aunque figure en el bando de los colaboracionistas con los romanos, es Flavio Josefo), Burgess le presta especial atención. De la persecución a la conversión (su famosa caída del caballo habría sido fruto de un ataque epiléptico), con su afán de teologizar y sofisticar el mensaje sencillo, que despierta la ironía de Pedro y el rechazo de los demás discípulos. Su ambición personal de protagonismo inicial, sus viajes, hasta su vejez, ya transformado por la vi-

MUNDO JUDÍO

LA ATENCIÓN DE BURGESS A PABLO

vencía en la Ley del amor, que él acertará a expresar en términos perdurables.

Esa modestísima, esa aparentemente pasiva doctrina, que además respeta al César en todo lo del César, va a extenderse como la pequeña mancha de humedad que concluye por cuartear la pared y el edificio entero, apenas sin una explicación causal visible. Pero eso queda sólo apuntado, dado el período histórico al que el narrador se circunscribe.

AUSTERIDAD NARRATIVA

Es un libro que, no obstante el «gran angular» de su objetivo, está hecho de despojo, de austeridad narrativa, de limpio escepticismo, salvo ante los valores humanos simples, donde todo énfasis está ausente, en el que el acierto está, como en toda obra de arte, en una implacable selección de elementos.

Burgess eleva, no obstante, la plasticidad de la lengua inglesa hasta la contorsión, aunque de ésta resulte al final una expresión extrañamente precisa y luminosa. Creo que a esta hazaña se llama, exactamente, maestría.



Anthony Burgess